

sa y hállese estrechamente ligada con la casa y sus tierras.

El individuo que ha recibido su educación en una de nuestras casas rurales, tiende con especial tesón a desenvolverse en ella, a moverse a compás con el ritmo vital de la misma.

A pesar de esto, una honda transformación se nota actualmente en el agro alavés, como en el de todo el país vasco.

Por una parte, el aldeano busca el dominio pleno en su propia casa. Para conseguirlo, aprópiase nuevos terrenos, acumulando a veces las propiedades de dos o más casas en una sola. A unos terrenos se agregan otros, como al primitivo edificio se añaden nuevas dependencias y cabañas. (Véase la fotografía n.º 2).

Esta transformación ha sido facilitada por la emigración de muchas familias a centros industriales y por el desarrollo, cada vez mayor de la ganadería.

¡La desbandada de la gente del campo hacia las grandes poblaciones! He ahí uno de los fenómenos que con el mayor interés debería ser estudiado por todos los que miran por el porvenir de los pueblos rurales; fenómeno complejo, que no puede ser comprendido aisladamente sino en parangón con otros que le acompañan.

En un ensayo que publiqué el año 1925 traté de representar este fenómeno dentro del cuadro de las transformaciones sociales que se operan hoy en las aldeas del país vasco.

Decía entonces: «el nivel de existencia, la riqueza media, la industria y los medios de comunicación y de transporte van aumentando; la agricultura y la ganadería se transforman y han llegado a un grado mayor de intensidad; los consumos se han acrecentado y aun mejorado. Pero en general, hay menos apego a la vida tradicional de caserío; la labranza es considerada como ocupación menos digna, sumamente penosa, sucia y de poca retribución....»

«La instrucción primaria se halla hoy más difundida que antes en lo que se refiere a leer y escribir; pero va en disminución en lo que atañe a la religión y a la moralidad.

«Los actos menos conformes con la religión o aquellos otros que se oponen resueltamente a ella no provocan hoy protestas y reacciones tan enérgicas como antes. La indiferencia religiosa y la inmoralidad se propagan, a pesar de las predicaciones de los sacerdotes y del ejemplo y oposición resuelta de la mayoría de las familias». (1)

Tales son los hechos sintomáticos de la actual transición de la vida rural. No es fácil determinar las relaciones que los ligan entre sí; pero creemos que por ahí deben orientarse las investigaciones que traten de aclarar este problema.

Por de pronto, el ambiente tradicional de la aldea se halla hoy seriamente amenazado por influjos especiales, es decir, por impulsos contrarios que le llegan de fuera constantemente.

Los medios de fácil comunicación y, sobre todo, el hecho de que gran parte de la juventud se vea precisada a ausentarse de su pueblo durante algún tiempo para servir en los cuarteles, o a trabajar en centros industriales de abigarrada población, contribuyen a esta transformación de la vida rural.

Lo cual es saludable en algunos casos.

Pero altamente perjudicial y corruptor en otros.

En el estado social presente los jóvenes de aldea se ven expuestos a influencias del ambiente irreligioso de los cuarteles y de los bajos fondos de las grandes urbes, pasando una temporada en contacto más o menos estrecho con la turba soez y tabernaria de las ciudades, y presenciando la ostentación y el boato del público adinerado. De ese público «bien» y «elegante» que hoy constituye numerosa casta afeminada, de escasa mentalidad; pero que, remolcado por el vicio, va a la vanguardia de todo género de despilfarros de energías y dinero.

Muchos, que, durante algún tiempo, han desarrollado su vida a impulsos de tales estímulos y que se han aclimatado en tal ambiente, apenas sienten ya la nostalgia de su pueblo; y si tornan a él, ansían por volver a la vida callejera, y abandonando quizá un gran porvenir en su casa y en su aldea, van a sumergir su existencia en una oscura e insana buhardilla de cuarto o quinto piso, y a entregarse como un pedazo de materia inanimada, no tanto al jornal diario cuanto a las comodidades, a los juegos, a los deleites... y también a las miserias de la ciudad.

Y otros, que, no lanzándose a dar este paso, permanecen en su pueblo, constituyéndose en elementos activos que tiñen de su color—de irreligión e inmoralidad—el ambiente.

De esta suerte la mancha irreligiosa, los bailes inmorales, la disolución de las costumbres, el ideal de la urbe moderna, con sus juegos, placeres y liviandades, van propagándose en nuestras aldeas paralelamente al abandono de lo tradicional y del apego a la casa y a las instituciones del pueblo.

No dogmatizo, ni establezco relaciones genéticas definitivas entre estos fenómenos. Sólo apunto conjeturas.

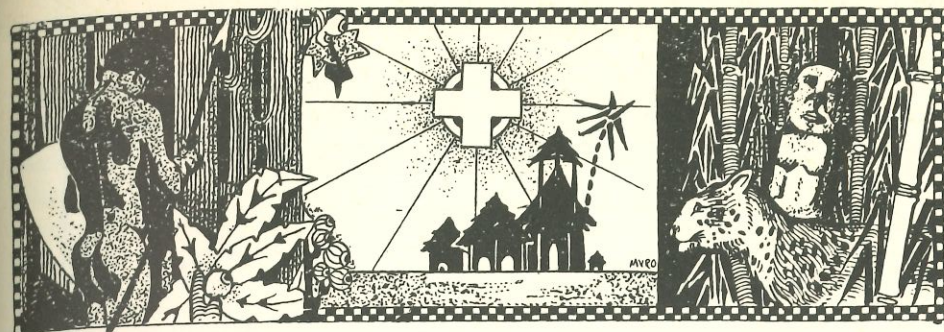
La casa rural ha sido una institución formada por el edificio, por sus tierras, por sus moradores y por la tradición, es decir, por esa urdimbre de relaciones que enlazaba estrechamente a la generación actual con las pasadas.

Hoy esa institución va desapareciendo. Cada vez es más ignorada.

¿Quién puede sentir afición hacia lo que ignora?

JOSÉ MIGUEL DE BARANDIARAN.

Izarra, 15 Agosto de 1929.



De Misionología

Ciclos culturales primitivos y su cronología

El grupo de las *culturas primitivas* o *arcaicas* (1) comprende cuatro ciclos, a saber. *Cultura central*, representada por los pigmeos, tales como los negrillos del centro de Africa, los andamaneses, los semang de Malaca y los negritos de Filipinas, y por los pigmoides asiáticos, como los wedas de Ceylan, los senois de Malaca y los toalas de Celebes; *Cultura austral*, a la que pertenecen los tasmanios (ya extinguidos), los kurnais de Chepara y los foguinos de América; *Cultura ártica*, es decir, la de las poblaciones primitivas del N. E. asiático, del N. E. americano y de California; finalmente, la *Cultura de bumerang*, cuyos vestigios aparecen en los estratos antiguos de Australia, Sur de Africa, Sudán meridional, regiones del alto Nilo y en los estadios más arcaicos de las dos Américas.

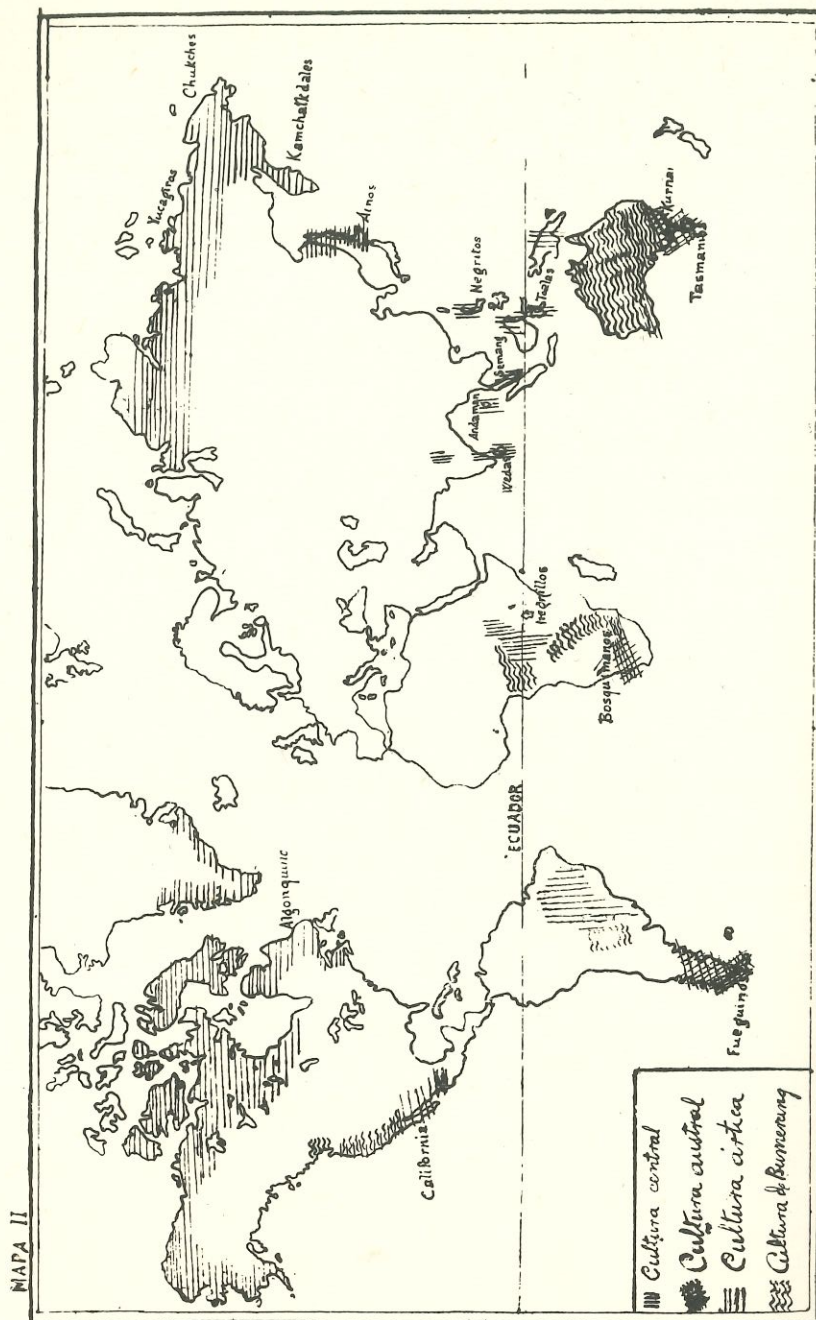
En el mapa II puede apreciarse la difusión de estos cuatro ciclos culturales por el mundo.

El más antiguo de los cuatro es el de la *cultura central* o de los pigmeos. Desde luego es anterior a la *cultura austral*, con la cual concuerda en algunas cosas y discuerda en otras. Todo elemento cultural existente entre los pigmeos se halla representado en la *cultura austral*; pero no *viceversa*. Así, la circuncisión, la extracción de los dientes, perforación de la nariz o de los labios, que evidentemente son

(1) Véase ILLUMINARE, n.º 59, pág. 9. Mapa I. Cuando hablamos aquí de la cultura primitiva y del hombre primitivo, no nos referimos a los primeros hombres (que no se hallan al alcance de los procedimientos arqueológicos y etnográficos) nos referimos al hombre más antiguo que por tales procedimientos conocemos hoy.

(1) Nacimiento y expansión de los fenómenos sociales, págs. 41 y 42. Vitoria, 1925.

invenciones posteriores a los primeros hombres, no existen entre los pigmeos; pero



sí en la mayor parte de los pueblos de la *cultura austral*. El método más antiguo para encender el fuego, que es el de los tasmanios, se halla en vigor en algunos

pueblos pigmeos (los semangs de Asia y los batwas de Africa), mientras que otros, como los andamaneses, no conocen el fuego. (1). El hombre de la *cultura austral* emplea instrumentos de piedra, y el de la *cultura central* los fabrica sólo de madera y hueso que son materias más fáciles de labrar. Aquél usa la lanza, la maza y el escudo, mientras que éste los ignora. El primero conoce instrumentos musicales y artes plásticas; mas no el segundo. El totemismo individual, apenas esbozado entre los pigmeos andamaneses, se halla muy generalizado, juntamente con el totemismo sexual, en los pueblos de la *cultura austral*. Determinadas prácticas funerarias (banquetes fúnebres con carne del difunto, ritos mágicos para hallar al asesino, etc.) muy usuales entre los paleo-australianos, no existen entre los pigmeos. Todo esto nos demuestra que muchos de los elementos que los pigmeos conservan y practican en su forma natural y obvia, aparecen transformados en la *cultura austral*; pero no *viceversa*. Lo cual quiere decir que la *cultura central* representa una etapa anterior a la *cultura austral*.

Esta, a su vez, es más antigua que el *ciclo ártico*, cuyos elementos, de carácter muy primitivo, son casos de adaptación al clima y se hallan modificados por influencias de instituciones totémicas y matriarcales más jóvenes, es decir, de las *civilizaciones primarias*.

Finalmente, el *ciclo de bumerang* que, en las regiones donde establece contacto con los anteriores, ocupa las comarcas mejor comunicadas, más accesibles, debe ser considerado, por esto mismo, como el más reciente de los cuatro.

Cultura central primitiva

Los elementos constitutivos de la *cultura central* o del ciclo cultural de los pigmeos, podemos resumirlos, con la escuela histórica de Viena, en la forma siguiente:

A) Religión.—Creencia en un *Ser Supremo*, creador del Universo, llamado frecuentemente «Padre de todos», premiador de buenos y castigador de malos. Plegarias espontáneas, sacrificios exclusivamente primiciales. No hay politeísmo, ni imágenes de la divinidad, ni templos, ni sacerdotes. Apenas son conocidos los ritos mágicos, ni los amuletos, ni el culto de los espíritus de la Naturaleza (*animismo*) o de los muertos (*manismo*). No hay totemismo, ni fetichismo.

B) Instituciones sociales.—Familia monógama. Libertad de contraer matrimonio. Uniones relativamente estables. Respeto mutuo de los esposos, veneración de los ancianos, cuidado exquisito de los niños. Organización estatal poco desarrollada: jefes de pequeños grupos sin jefe supremo; las decisiones se hallan reservadas a la asamblea de jefes de familia.

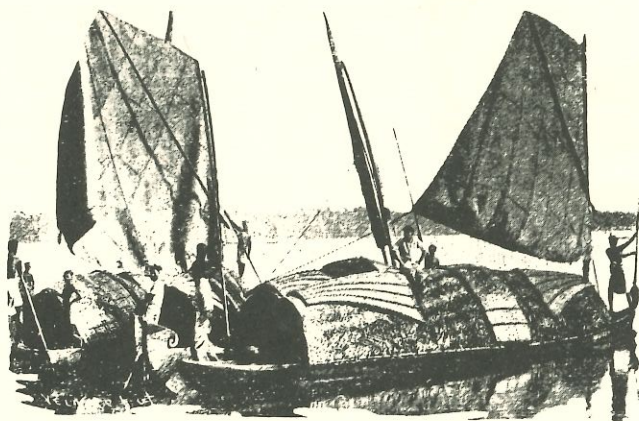
Para los jóvenes de ambos sexos, inauguración de obligaciones religiosas, morales y sociales por una ceremonia de iniciación. No se usa ninguna deformación corporal, como signo distintivo de la tribu.

(1) El método a que nos referimos consiste en ejercer fricciones con la punta de un palo en un surco longitudinal de un trozo de madera.

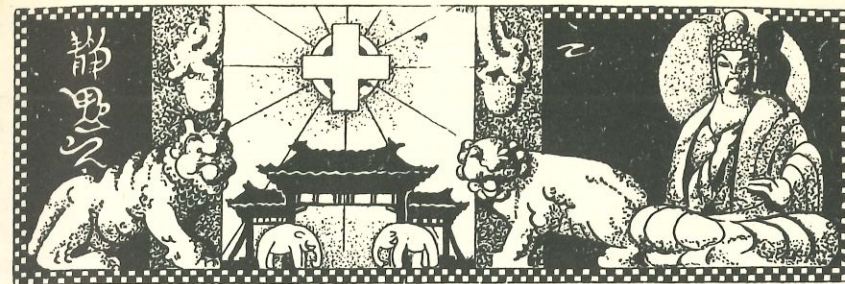
No existe la esclavitud, ni el canibalismo. Amor de la paz, lealtad, asistencia mutua. Régimen de propiedad: posesión individual de armas y utensilios; posesión, por familias, de medios de subsistencia y de lugares de habitación; posesión territorial (para la caza) por tribus.

C) Civilización material.—No hay cultivo, ni ganadería. El hombre se dedica a la caza, y la mujer a la recolección de plantas silvestres, raíces y frutas. Los utensilios son de madera o de hueso: no se usa la piedra, ni el metal. Las armas se reducen al arco y flecha. Las habitaciones son abrigos ligeros—para resguardarse de las tempestades—y chozas de forma de colmena. No hay artes plásticas, ni instrumentos de música. (1).

(1) *Settimana Internazionale di Etnologia Religiosa*, pág. 343 (París, 1926).



India.—Razas, tipos y costumbres.



De Misionología

Importancia del ciclo cultural de los pigmeos



SIENDO el ciclo de los pigmeos el más antiguo de los conocidos, debe ser consultado en todo problema relativo a los orígenes de los elementos culturales. Si una concepción, un rito, una técnica (magia, circuncisión, esclavitud, industria lítica, música) u otro elemento no son conocidos en este ciclo, es indudable que datan de épocas más recientes, y, por lo mismo, no pueden ser considerados como fenómenos primitivos de la cultura humana. Las consideraciones a que se presta el

estudio del ciclo de los pigmeos, son de interés excepcional.

1.º La religión, que ya existe en este ciclo, no ha podido nacer de la magia, ni del totemismo, ni del animismo, ni del fetichismo, ni de la mitología astral, como han sostenido y sostienen todavía los partidarios de sistemas psico-evolucionistas, puesto que aquellas formas hacen su aparición en ciclos posteriores.

2.º Tampoco surgió la religión respondiendo a impulsos de orden económico contra lo que defienden los socialistas siguiendo el principio del materialismo histórico de Marx y Engels (1), como lo hace el teorizante Dietzgen. Según éste, la misérrima

(1) He aquí cómo el filósofo socialista Engels formula el principio del materialismo histórico de Marx: "Cada estructura económico-social constituye la base real por la que se explica, en última instancia, todo el edificio jurídico y político, así como los sistemas religiosos y filosóficos de cada etapa histórica". (W. Schmidt: *Der Ursprung der Gottesidee*, pág. 702. Münster i. W., 1926).